

## LA VIDA YA SE RINDE A LA MEMORIA

PASCUAL GARCÍA

Como la mayor parte de los mejores libros de poesía, de los que realmente nos llegan hondo y nos dicen la verdad del ser humano y de nosotros mismos, esta nueva obra de Ginés Aniorte<sup>1</sup> conjuga la exaltación de la vida y del instante y la elegía melancólica del pasado, de la infancia, fundidos ambos sentimientos en una misma moneda lírica, pues quien teme el paso de las horas, está asimismo deteniendo su fragancia más íntima y quien pretende recuperar, a su vez, las emociones que ya se fueron, reivindica la memoria de lo inmutable, como si fuera posible el milagro de devolver el vigor antiguo al ritmo fugaz de la estaciones y, de paso, establecer un pacto con el minuto exacto en que ya no somos otra cosa que la sombra de un recuerdo.

El *Nosotros* de Ginés Aniorte es la familia, la tierra, la casa de la infancia, los años primeros y los primeros dolores: «Abrazaba yo entonces los años más dichosos / -que siempre suelen ser aquellos/ en que ignoramos todo de la vida». La pérdida de la inocencia suele coincidir con la certeza del tiempo, de esa fiera que durante los primeros días no repara en nosotros y que en algún momento comienza a acorrarnos despiadado: «El tiempo todavía era algo remoto / que habitaba un lugar desconocido». Ésta es la causa, sin duda, de que la elegía sea el modelo lírico predilecto del poeta moderno, del escritor cuya única obsesión o, tal vez, la más importante constituya el paso del tiempo y la cercanía segura de la muerte.

Ginés Aniorte es un poeta clásico, que maneja el verso con la maestría de los grandes y que sabe insuflar a sus composiciones esa música triste, agrisulce y quejumbrosa con la que recrea y cuenta viejos episodios de la niñez, al modo más puramente narrativo, pues en todo los poemas existe un pretexto, un objeto, una anécdota o un personaje, que el poeta usa para narrar un episodio del pasado y concluir con una reflexión del presente: «La vida ya se rinde a la memoria, / y los ojos sombríos de mi madre / hoy se muestran vidriados por el tiempo». En esa dialéctica temporal

---

<sup>1</sup> Ginés Aniorte, *Nosotros*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2009.

continúa se debaten estos poemas y desde esa perspectiva su perfección formal es indudable. Tenemos la impresión de que la poesía de Ginés Aniorte viene despojándose desde hace unos años de ciertas impurezas de orden expresivo, mientras emprende un camino de austeridad, belleza y talento. Y, sin embargo, en cada libro existe una mayor cercanía emotiva con el lector, una más intensa complicidad con el que lee estos versos y encuentra, también, retazos de su propia vida: «Mi madre era capaz / de coser cualquier cosa/ menos los días que, a menudo, / acababan rompiéndose». El poeta es también un componedor de los días, un mago de las horas que contuvieron sentimientos y son memoria y nos atañen, porque todos compartimos esa luz tan antigua: «Mi abuela me anidaba / en sus brazos ajados/ de madre sabia y vieja».

Pero una obra como ésta es, además, un compendio de relatos en el que la emoción, el sentido del humor en ocasiones y el dramatismo, otras, se combinan con la exaltación de la familia, de la existencia humilde y del trabajo, de la niñez pura y de las primeras aflicciones, y el lector no puede evitar un estremecimiento íntimo en la lectura de ciertos pasajes y la alegría de compartir la vida misma con el creador, su pulso y su enigma.

Lo meramente lírico deja un hueco en este libro a la épica de lo cotidiano, pero trascendente, al suceso que nos devuelve el sabor sentimental cobijado en la memoria como un pedazo de la música que nos acompañó y que hoy es evocación, historia y belleza: «Eran aquellos años de mi niñez y, entonces, / yo estaba acostumbrado a convivir/ con siniestros fantasmas que habitaban la noche / sin que nadie pudiera remediarlo».